

EDITORIAL

Dos cosas se pensaron de los estudiantes en la Argentina: los autoritarios, que éramos peligrosos; los mediocres, que éramos estúpidos. Por eso nos aplicaron con toda coherencia, los unos, la pedagogía del garrote; los otros, la del silencio. Entonces, mientras los autoritarios nos estupidizaban (censurando libros y profesores, prohibiendo el debate, la participación y la crítica), los mediocres comprobaban que éramos estúpidos.

Don Ignacio Winizky no cayó en la trampa. Su mérito fue haber apostado con audacia y sapiencia a la juventud. En aquella época en que las grandes empresas nos estaban vedadas —fuera porque no sabíamos hacerlas o porque no convenía que las hiciéramos—, él nos puso al frente de esta empresa, su revista y la nuestra: *LECCIONES Y ENSAYOS*.

Aprendió a burlarse de los viejos fantasmas. Su fe en la libertad y su grandeza pudieron más que el autoritarismo y la mediocridad. De él no aprendimos leyes sino conductas. Por eso lo respetamos, lo quisimos y lo seguiremos. Nuestro desafío es demostrar que no estaba equivocado.

Ignacio Winizky dejó de participar en esta tarea de todos el sábado 14 de mayo.

Buenos Aires, mayo de 1988